

La vida consagrada como diccionario de la vida cristiana

Fr. Nelson Medina, O.P.¹

El propósito de esta intervención es mostrar el lugar de inserción de la vida consagrada en el conjunto de la vida de la iglesia. Se trata de ver, dentro del cuerpo de Cristo, por qué hay religiosos y religiosas. La respuesta última la tiene sólo el Espíritu Santo. Cada congregación es una obra, es un don del Espíritu Santo que hace posible la evangelización y sobre todo hace posible un camino de santidad.

Para responder a nuestra pregunta, creo que es útil empezar por la vida cristiana como tal. Y por eso podemos iniciar recordando lo que es esencial en la vida cristiana. Algo tan elemental, tan propio de nuestro catecismo como es el pecado, la conversión, la gracia: allí empieza todo.

El pecado no es algo que se decreta desde fuera; no es simplemente la palabra que está en un catecismo o el decreto que sale del despacho de un obispo. El pecado es la traición del hombre a su vocación más profunda; el pecado es la destrucción de lo mejor de nuestros sueños; es la ruina de los vínculos fundamentales que nos unen con otros seres humanos; en este sentido el pecado supone una desviación o contradicción de lo que es propio del ser humano.

Desprendernos de la fe o de la religión no nos libera del pecado. Las sociedades más secularizadas, aquellas que pretenden anular el lugar de Dios, por lo menos en la vida pública, no son sociedades sin pecado sino sociedades ciegas a las realidades del pecado.

¹ PhD en Teología Fundamental por el *Milltown Institute* de Dublín, Irlanda. Ponencia ofrecida en el Congreso "Testigos de la Alegría" de la Arquidiócesis de Arequipa, Perú, celebrado del 28 de septiembre al 2 de octubre de 2015.

Por otra parte, es verdad que hay un Dios compasivo y este Dios no se ha quedado indiferente a la realidad del ser humano pecador. ¿Qué ha hecho Dios? Dios ha hecho un camino con nosotros, un camino que encontramos en la Biblia.

La doble y única economía de salvación

Las dos grandes secciones de la Biblia nos ayudan a descubrir las dos grandes “economías,” según expresión de los teólogos de Oriente: los dos grandes planes sucesivos o complementarios que ha utilizado Dios para librarnos de esa lacra que se llama pecado.

En la economía de Dios, entra en primer lugar una iluminación de la conciencia, es decir, entra en nosotros el reconocimiento de que hay un bien y hay un mal. Se trata de un despertar de la conciencia interior a través de una palabra exterior.

Su Santidad Juan Pablo II, felizmente canonizado, describe de modo maravilloso este diálogo entre lo interior y exterior, en su encíclica de 1993 *Veritatis Splendor*.² De lo que se trata fundamentalmente es de redescubrir que el ser humano, no puede definir por sí y ante sí lo que quiere porque cuando obra de ese modo se destruye a sí mismo, arrasa con la naturaleza, destruye al prójimo más débil y por supuesto se desconecta de su vocación más importante que es la vocación del cielo.

La ley de Moisés, que podemos ver condensada especialmente en los Diez Mandamientos, es el primer gran despertar de Dios a la humanidad. Pero conocer todavía no nos concede la parte importante que es el querer: uno puede conocer lo que es bueno pero eso no garantiza que lo vaya a realizar. No basta con el solo conocer y es ahí donde aparece el límite fundamental de la primera economía, la ley de Moisés: la Ley nos contaba lo que era bueno y malo, eso está bien, pero no es suficiente, porque necesitamos también que el corazón humano aprenda a inclinarse con gusto y con fruto por aquello que es bueno. Los profetas especialmente Jeremías, Ezequiel, Joel, de un modo muy vivo precisan la necesidad de dar otro paso, y ese otro paso es una alianza nueva.

Jeremías dice que El Señor habla de una “alianza nueva” (cf. Jeremías 31,31-34) . Ezequiel dice de parte del Señor: “Pondré mi ley en sus corazones” (cf. Ezequiel 36,27), es decir, a través de una acción absolutamente novedosa lo bueno y lo malo no van a quedar como

² Por ejemplo en el n. 57: “Según las palabras de san Pablo, la conciencia, en cierto modo, pone al hombre ante la ley, siendo ella misma «testigo» para el hombre: testigo de su fidelidad o infidelidad a la ley, o sea, de su esencial rectitud o maldad moral.”

una realidad exterior; el bien no será como un ideal que *yo* tengo que conquistar, sino que va a surgir dentro de mí. Eso es lo que trae el Espíritu Santo.

El sacrificio de la Cruz es como un misil del amor de Dios, que revienta las barreras y las justificaciones. Hay un misil de amor de Dios, que es la Cruz de Cristo, y en la Cruz de Cristo y en las llagas de Cristo, allí donde se revienta su cuerpo y donde se abre su costado, se abre también una brecha en el corazón humano. A través de esa brecha puede entrar con poder un diluvio de gracia que se llama el Espíritu Santo. Esta es la nueva alianza y el mensaje principal de nuestra fe.

Mandamientos y consejos

Lo fundamental de los mandamientos de Moisés está en frenar lo malo; por consiguiente son sólo un punto de partida, una especie de mínimo absoluto.

Pero la vida humana es más que mínimos. No nos quedemos sólo con esa palabra allí escrita sobre papel o sobre roca, afuera de nosotros: hablemos también de lo que cada uno percibe como bueno, correcto, justo.

Los mandamientos son generales porque obviamente lo que se debe servir de mínimo absoluto debe ser mínimo para todos. Sin embargo, con el nuevo modo de obrar de Dios en el Nuevo Testamento aparece una novedad: los *consejos*. Los consejos no quieren en primer lugar pelear con lo malo--para eso están los mandamientos--sino más bien despertar, suscitar, inspirar lo bueno. Quieren llevarnos a nuestra plenitud. Los consejos tienen razón de ser en cuanto camino hacia una perfección, hacia una meta.

Los consejos son como susurros, son pasos de Espíritu que, llegando a nosotros, quiere despertar el deseo de hacer algo que en sí mismo no es indispensable pero que sí es bueno. Los consejos son personalizados. Creo que, si algo bueno debemos sacar todos de este hermoso congreso de vida consagrada, es recuperar la relación de esa relación personalísima que el Espíritu Santo quiere tener con cada uno de nosotros: No resistas al Espíritu cuando te mueve a cosas que pueden ser una oración, un acto de misericordia, un acto de compasión, un negarte algo pero solamente para darle la gloria a Cristo. Es en la lógica de los consejos como podemos comprender qué es la vida consagrada.

Santo Tomás de Aquino enseña que la diversidad de las creaturas ha sido querida por Dios mismo porque ninguna en particular puede expresar todo lo que Él es y puede.³ Hay que decir análogamente que el hecho que el Espíritu Santo suscite en ti algo que no suscita en mí, no es un defecto tuyo o un defecto mío, sino que es la expresión de esa diversidad que Dios mismo ha querido.

Santa Catalina de Siena enseña que Dios nos ha hecho a cada uno incompletos, necesitados. Esto ha sido voluntad de Dios porque en la mutua necesidad que todos tenemos descubrimos múltiples oportunidades de caridad, es decir, muchas puertas abiertas para el Espíritu.⁴

Cada vocación bien vivida es bella, es útil y es significativa.

Sacerdotes y laicos

Los ministros ordenados, es decir, obispos, presbíteros y diáconos, están llamados a tres cosas:

1. Llamados a *regir* dándole forma a la vida, ejemplo: cuando el sacerdote toma a una persona atribulada, en manos de la amargura, y cuando a través de un consejo o recomendación específica saca a esa persona de su amargura o de su pecado, esa persona ha cambiado su forma de vida.
2. Llamados a *enseñar* con la predicación recibida de los apóstoles; es decir, lo propios de los ministros ordenados es la predicación que tiene aquella autoridad que proviene de la sucesión apostólica. No es la única predicación en la Iglesia pero sí es la única que por su origen tiene carácter de norma.
3. Llamados a la *santificación* a través de la oración, que se realiza sobre todo con la Liturgia de las Horas y a través de la administración de los sacramentos.

En cuanto a los laicos, le debemos a las Constituciones Dogmáticas *Lumen gentium*⁵ y *Gaudium et spes*⁶ del Concilio Vaticano II ideas centrales de lo que significa ser laico. Se trata de una vocación: manifestar y cooperar en la verdad del reinado de Cristo en todas las realidades humanas, incluyendo la política, las ciencias, las artes y las letras. Y sin embargo, la vocación principal de laicado es la familia. De hecho, si descuidamos la

³ *Suma Teológica*, I, q. 47, a. 1.

⁴ Véase por ejemplo, el *Diálogo*, c.7, ed. G. Cavallini Roma, 1968, p. 8-19, citado en: http://www.vatican.va/spirit/documents/spirit_20010126_caterina_sp.html

⁵ Véase especialmente el Capítulo IV, n. 31.

⁶ Véase n. 43.

vocación a la familia, y dentro de ella la vocación maternal, hemos arruinado el futuro de la sociedad.

Los religiosos y los consagrados

La vocación religiosa es *memoria* del modo de vida que tuvo el Verbo Encarnado, Cristo casto, pobre y obediente. Memoria que es más que “acordarse,” en cuanto hace presente el modo de vida de Cristo en el hoy de cada generación.

La vida religiosa es *signo*, especialmente signo del ideal de santidad especialmente a través de la penitencia, la soledad, la caridad y la contemplación.

La vida religiosa, la vida consagrada, es *profecía*, en cuanto porque subraya el punto de vista de Dios. ¿Y Dios qué piensa de esto? Hacer visible esa pregunta, a partir de la propia vida, es propio de los consagrados.

La vida religiosa, la vida consagrada, es *anticipación* de las realidades celestiales. En los religiosos y consagrados el pueblo cristiano puede ver lo que es permanente.

El Código de Derecho Canónico define la vida religiosa así en su canon 573:

La vida consagrada por la profesión de los consejos evangélicos es una forma estable de vivir en la cual los fieles, siguiendo más de cerca a Cristo bajo la acción del Espíritu Santo, se dedican totalmente a Dios como a su amor supremo, para que entregados por un nuevo y peculiar título a su gloria, a la edificación de la Iglesia y a la salvación del mundo, consigan la perfección de la caridad en el servicio del Reino de Dios y, convertidos en signo preclaro en la Iglesia, preanuncien la gloria celestial.

La vida consagrada como diccionario

Sobre la base de las precisiones anteriores, nos preguntamos: ¿por qué necesitamos de la vida consagrada?

Sucede que las palabras son realidades vivas. San Pablo nos dice en Romanos 10: “La fe viene de la escucha.” Esto implica algo muy serio: lo que sucede a las palabras le sucede a la evangelización. Si empiezan a retorcerse o debilitarse, la evangelización se disuelve. Un ejemplo: para muchos jóvenes hoy la palabra “amigo” significa una especie de apoyo incondicional que muchas veces funciona como cómplice. Para ellos, amigo no es el que

me indica o lleva a lo bueno sino es el que está conmigo haga bien o mal. Si en una catequesis a estos jóvenes se les dice que Jesús es su “amigo,” ellos van a entender que Jesús es una especie de presencia “simpática” y “empática” que jamás les pedirá algo tan “antipático” como la conversión. Este ejemplo muestra que es preciso salvar las palabras; y por ello necesitamos de diccionarios vivos. Como creyentes y testigos de la vida nueva que recibimos de nuestra fe, sabemos que las palabras tienen que renacer de continuo en el *Lógos* y en el *Pneuma* de Dios.

¿Qué es lo propio de los consagrados?

Es el lenguaje de la totalidad, el lenguaje de la perfección, o en términos clásicos, el lenguaje del holocausto.

Santo Tomás de Aquino aclara que hay dos formas de entender la perfección cristiana: La perfección como búsqueda sostenida es lo propio de los religiosos.⁷ La perfección como realidad vivida “in actu” es lo propio de los obispos.⁸ Lo importante aquí es que en realidad Santo Tomás no está hablando de la necesaria comunión entre los obispos y los religiosos,⁹ y por eso el demonio a toda costa quiere el destruir la comunión entre religiosos y obispos porque el obispo es expresión de la perfección a la que debe tender toda la Iglesia, y el religioso es la expresión de la tendencia hacia la perfección que debe ser propia de toda la Iglesia. En la comunión entre religiosos y obispos el pueblo cristiano tiene manera de recordar hacia donde ha sido llamado.

Ahora bien, si obispos y religiosos tienen su parte en manifestar y llamar a la perfección cristiana, ¿cómo describir lo propio de los religiosos?

Podemos partir de aquello que los religiosos, en cuanto religiosos, carecen: sucesión apostólica, jurisdicción eclesiástica (salvo cuando un obispo asigna una parroquia), la potestad de administrar de los sacramentos (excepto cuando se concede la respectiva *licencia*). Todo esto hace la vida de los religiosos muy próxima al conjunto de la vida del pueblo de Dios. Puede utilizarse el término “capilaridad”¹⁰ para describir esta expresión más modesta pero al mismo más próximo al pueblo de la realidad de la vida cristiana: Una vocación religiosa bien vivida trae el elemento de lo *perfecto* y de lo *pleno*, pero a la vez trae el elemento de lo *cercano* y de lo *comprensible*.

⁷ *Suma Teológica*, II-II, q. 186, a. 2.

⁸ *Suma Teológica*, II-II, q. 185, a.1 ad 2m.

⁹ Sobre cómo aparece de modo diverso y a la vez complementario la perfección cristiana en los religiosos y en los obispos, véase *Suma Teológica*, II-II, q. 184, a. 5.

¹⁰ Tomo este término de la exposición que el P. Antonio Bellella, CMF, realizó en este mismo Congreso de Vida Consagrada.

Así como para leer es necesario que las letras sean correctas y la distancia apropiada, así los religiosos, en medio del pueblo de Dios, recuerdan la perfección cristiana y la hacen próxima. Y si así son legibles, son *diccionario*.

Una vocación religiosa bien vivida es un recordatorio cercano de la perfección del amor de Dios que a todos nos llama. Los religiosos hemos de ser legibles, es decir, llevar una vida correcta a una distancia próxima. Esa es la manera de ser sal de la tierra y luz del mundo.

Quince palabras fundamentales

La vida consagrada, si es fiel a todo esto se convierte en un diccionario que recuerda las quince palabras más importantes de nuestra fe distribuidas en cinco líneas:

Gracia, misericordia y conversión. Sobre todo eso: testigos de la gracia, como san Pablo: “Lo que soy, lo soy por gracia de Dios” (1 Corintios 15,10). “Yo no entiendo un religioso o religiosa sino como un ser lleno de alegría” – Papa Francisco.

Cruz, pascua y resurrección. Tiene que verse la cruz. El ideal del religiosos se hace visible cuando la gente puede decir: “A este le puede faltar mucho pero lo que más le falta es Cristo, y por Cristo lo demás no importa.” El religioso no debe ser un autosuficiente y auto complacido que ha encontrado una especie de armonía en la que no requiere de nadie. El religioso lleva cruz, pero con la cruz lleva la pascua; el religioso muestra la virtud, muestra plenitud humana en los diversos talentos naturales o sobrenaturales y muestra que la sociedad misma puede ser mejor.

Espiritualidad, vida mística y santidad. Cuando una religiosa se define a sí misma solamente como promotora del bien humano, parece que le sobra el nombre de religiosa: es una trabajadora a bajo sueldo. Es muy distinto estar sirviendo a los pobres por un camino de identificación con Cristo pobre que nos enriqueció con su pobreza, y que en su despojo nos llama a la gloria celestial, a simplemente convertirse en un agente de transformación económica que luego, cuando las circunstancias cambien, va dar otra vuelta a otro proyecto político. Porque ante todo la vida religiosa es diccionario de quién es Jesucristo, qué significa ser hijo y qué quiere decir ser hermanos.

+